

## NOCHE DE LUNA EN BERROGATE<sup>1</sup>

Jaime Fernández Leandro<sup>2</sup>

Aún no tengo muy claro como llegamos a esta casa. Si puede darse cuenta, por el insistente murmullo del mar, de que estamos cerca de la playa. Salimos del poblado envueltos en una luz de luna tan intensa, que en cierta forma nos pareció que era de día. Podíamos observar con nitidez la selva el sendero, las olas blancas reventando sobre la arena, el océano espejeante con sus múltiples escamas. El maestro de la escuela de Berrogate me condujo por un trillo sinuoso que a trechos bordea la playa; a trechos se interna en las profundidades agrestes de la isla, casi hasta topar con la muralla virgen de los cerros.

-La casa está ahí nomás-, me dijo. Es un hombre joven, rubio, bien parecido, verdadero apóstol de la docencia. Pero mintió; fue casi una hora de ardua caminata.

Prefiero el camino a esta casa. La sutil luminosidad imperante, la convierte en una mole lóbrega como al garete al discurrir de los años. Una mujer ya marchita y bastante desgreñada nos abrió la puerta, mostrando una sonrisa delatora de una dentadura en franca decadencia. En el interior, la iluminación es aportada por unas pocas candelas, situadas en puntos estratégicos de la casa y unos hombres rudos entonan extrañas canciones con acompañamiento de guitarra. La mujer pregunta que si a mí me gusta el aguardiente casero, y el maestro se apresura a contestar que claro que sí, no faltaba más. Ella desaparece sigilosamente como si fuera ingrávida.

-Esta gente es un poco rara, pero no te preocupés-, dice mi acompañante.

Me pregunto por qué demonios me habrá traído a este nido de fantasmas. Un perro comido por la sarna se dedica a olfatear mis ropas, y quiere lamerme las manos cuando recibe una fuerte patada en el costillaje por parte del maestro.

Los trovadores cantan y se carcajean y empinan el codo visiblemente borrachos. El sonido del mar se escucha como una incesante melodía de fondo. La matrona regresa con una botella en la mano, y ahora viene acompañada por una muchacha morena. Ya entiendo que hacemos aquí. Dentro de la fealdad imperante, ella es una delicada rosa negra que florece en sus curvas repletas, apenas disimuladas por un vestido blanco evocador de un mantón indígena. Al maestro se le van los ojos en una larga caricia de su piel tersa. Apuro un trago de aguardiente, no porque me guste, sino para mitigar cierta sensación de asco que me recorre la boca del estómago. Afuera la luna brilla como si fuese un sol de medianoche. La muchacha y la matrona me observan con miradas profundas. No sé que será, pero soy presa de un cierto desasosiego, de un vago malestar indefinible. La muchacha me parece una virgen nocturna, que impera dulce y lejana sobre los fragores de un burdel atrabiliario.

Esta casa tiene una atmósfera de violencia larvada; un airecillo rancio de tormenta apenas contenida. Envidia a la noche blanca que deambula tranquilamente allá afuera.

-Aquí mataron a un tipo-, me comenta a sotto voce el maestro. Y yo pienso que tales antecedentes van muy a tomo con el lugar.

---

<sup>1</sup> *Tópicos del humanismo* (Heredia: Universidad Nacional) n. 129 (mayo 2006).

<sup>2</sup> Jaime Fernández Leandro (San José, 1955-2005), autor de *Palenque, Retorno a Palenque, Riberas del Averno* (EUCR, 2003) creó una trilogía de novela policíaca cuya temática se extiende al narcotráfico y una constante estilística que toca temas como la ecología y la vida en las sociedades posmodernas. Este autor, antes de partir a la constelación de escritores costarricenses, me dejó este cuento inédito, creo, que, por estas circunstancias y vueltas de la vida, lo entrego a su público lector (Nota del editor).

-El único futuro que yo le veo a Berrogate en el turismo- comenta el pedagogo en tono enfático, como si fuera una autoridad en la materia.

-Yo creo que esta maldita isla no tiene remedio- difiere la matrona, arrastrando una lengua ya castigada por el etanol.

Puedo ver que el maestro y la muchacha se quieren, se desean intensamente. Afuera, la noche es un marco espléndido para el encuentro de dos amantes. Y la matrona se presta al juego. Pero algo pasa. Existe una invisible barrera. El grupo de jueguistas nos ha ignorado rigurosamente, situación que me llena de júbilo. Ahora están enfrascados en una competencia de “pulsos”, y el machismo isleño campea en el éxtasis de su apogeo. Parece que uno de ellos es el campeón de la isla y los otros intentan derrotarlo.

Aprovechando el barullo, la tremenda ebriedad de la matrona, la discreta penumbra, el maestro y la muchacha se han apartado hacia un rincón con evidentes ganas de besarse. Un límpido rayo de luna ingresó por la ventana, para anidarse en un pliegue del mugroso suelo. Ahora es la matrona quien me observa desde el limbo de su embriaguez.

-¡Qué pollito más guapo se trajo el maestro! De haberlo sabido me arreglo un poco. Y dicho sea en honor a la verdad de cuerpo está bastante bien. ¡Lástima la cara! Me sirve otro trago. Las personas y las cosas las veo flotar como si fuera un sueño. Al fin el maestro lo acorraló:

-Mirá, boludo... si no fuera porque sos el educador de la isla te rompería la madre ahora mismo.

El maestro da media vuelta, abre la puerta y con pasos presurosos se interna en la claridad lunar que nos circunda.

-Si usted quiere, se queda a dormir conmigo. Yo no tengo novio- me dice la matrona.

¡Dios mío! ¿Qué hago? Balbuceo alguna excusa, le digo que mañana vuelvo. Encantado de conocerla, señora... pero no me suelta.

-Quédese conmigo- insiste.

No sé qué hacer. Y estoy a punto de darle un empujón cuando me auxilia el campeón de “pulsos”.

-Ya, mujer, estése quedita. Déjelo irse-.

Salgo de la casa como quien se escapa de una maldición y voy agradeciendo la noche inmensa, el camino, las palmeras, la arena, el mar, la multitud de estrellas.